

RIGOR Y MISTERIO

Después de exponer en la CAM de Orihuela su colección fotográfica *Detalles y texturas*, dedicada al colegio de Santo Domingo, Federico Lizón se puso a trabajar en una serie de fotografías sobre tres edificios emblemáticos del patrimonio histórico-artístico de Orihuela: la Catedral, el Palacio del obispo y el palacio de Tudemir. De ese trabajo ha surgido esta exposición titulada *...ad aeternum*.

Federico Lizón es arquitecto y no cabe duda que su profesión ha dejado una impronta profunda en su lenguaje fotográfico, enriqueciéndolo y no limitándolo, caso contrario al de muchos arquitectos-fotógrafos que naufragan en la mera reivindicación elegíaca o en los manierismos convencionales. Por supuesto que en esta exposición hay un contenido reivindicativo de fondo (ya decía Walter Benjamín que en toda fotografía hay una significación social), el título mismo lo confirma; pero el autor huye del lenguaje documentalista, del figurativo ingenuo e idealizador y del verismo realista para indagar en la abstracción. Cuando se mueve en el terreno de la figuración, aumenta los detalles invisibles e incide sobre aquello evidente que nadie mira, alejándose de lo anecdótico. Y en las pocas ocasiones en que asoma la anécdota, esta adquiere un sugestivo carácter alegórico o simbólico.

La intención de Federico Lizón es que el público conozca la otra realidad de los tres monumentos escogidos. Él no se conforma con lo que Aristóteles llamaba “la alegría del reconocimiento”, origen del mito realista; no se detiene en la superficie de las cosas y las diluye, las vela, las aísla para captar de esta manera la belleza (unas veces fugitiva, otras permanente, aunque ignorada) que esconde la majestuosidad monolítica de los monumentos. En estas imágenes se aprecia un interés por el vacío, la quietud, el silencio y los objetos y espacios autónomos plenos de vida propia creados por la alquimia del tiempo. Sólo un fotógrafo apasionado y meticuloso, alguien dotado de mucha paciencia y una profunda formación técnica, puede instaurar un mundo de extrañeza minuciosamente arrancado a la presencia cotidiana y rutinaria del patrimonio local.

Sobre esos motivos nada excepcionales el fotógrafo ha volcado toda la sensibilidad e intensidad de su mirada realizando un ritual interior que trasciende la contingencia. Las epifanías de lo ínfimo provocan una sensación de extrañeza e inquietud a medio camino entre lo conocido y lo desconocido, lo insólito y lo asumido.

Por otra parte, en estas fotografías destacan los intensos contrastes (conviven la composición clásica y las formas simplificadas de la vanguardia minimalista; la intensidad cromática, el uso reducido de colores y el monocromatismo) y una vertiente geométrica que adquiere una entidad sólida pero deliberadamente indefinida en el encuentro tenso y rotundo de la luz enfatizada y las sombras espesas.

Lizón nos remite a una concepción reflexiva y lúcida del arte que no renuncia a los recursos emocionales y expresivos. Su obra es sutil e inteligente, interiorizada y dinámica; no naufraga en derivas y azares ni en pesadas retóricas epistemológicas. En toda ella hay tanta intuición como intencionalidad.

El juego afilado de los contrastes configura la poética visual de Federico Lizón, alejada de las coordenadas del formalismo puro. El autor resuelve con inteligencia el conflicto entre la proximidad de lo real inherente a la fotografía y la fuerza de unas imágenes de carácter ficcional, creando un umbral de apertura donde el acontecimiento creativo nace y se expande.

José Luís Zerón Huguet
Escritor

Director de la revista literaria *Empireuma*